

Altas murallas para la alta sociedad

Michel PINÇON & Monique PINÇON-CHARLOT

CNRS-Paris.

RESUMEN: En todos los países del mundo las clases altas viven en lugares apartados, resguardadas de promiscuidades indeseables. Los procesos de segregación social en el espacio urbano son también, indisolublemente, procesos de agregación de los semejantes. Los mercados inmobiliarios y las intervenciones públicas en la producción y la gestión del parque de viviendas modulan las posibilidades de los diferentes grupos sociales. Son siempre las clases dominantes las que mejor controlan sus condiciones de residencia. El poder social es también siempre un poder sobre el espacio y son las familias que disponen de recursos importantes, primero económicos, pero no solamente, las que pueden «escoger» mejor su hábitat, es decir satisfacer mejor los obstáculos sociológicos que les hacen «preferir» el ser «uno de los nuestros» al mestizaje social.

Descriptores: Ciudades cerradas. Urbanizaciones privatizadas. Segregación social. Francia.

I. EN LOS PAÍSES POBRES UN HÁBITAT CUIDADOSAMENTE SEPARADO

En Marruecos sobre la colina de Anfa en Casablanca, en un barrio de prestigio, aislado del resto de la ciudad, la fortuna se puede mostrar sin la reserva que exige en cualquier sitio la omnipresencia de una profunda miseria. Esta concentración de la burguesía en los mismos barrios y los mismos clubes de entretenimiento favorece matrimonios socialmente muy endogámicos (BENHADDOU, 1997). En México, donde la contaminación del centro es muy fuerte, los ricos viven en las alturas, las Lomas de

Chapultepec o San Ángel. En 1986, «Las Lomas de Chapultepec» se vieron amenazadas por una invasión de oficinas, pero éstas eran el único pulmón de una capital hipercontaminada, los ricos habitantes se organizaron para defender su privilegiado espacio » (LOAEZA, 1988).

Sin embargo, en México o Brasil, como en los otros países donde la miseria está omnipresente, ocurre que los barrios selectos están en contacto inmediato o casi con los poblados de chabolas, zonas urbanas donde se asientan los más pobres. En Belo Horizonte, Brasil, las colinas pueden estar compartidas por los ricos y los más miserables. La *favela* está perchada al pie de las murallas del «condominio», es decir, de la urbanización *chic*. Las casas espaciosas con piscina y garaje para varios coches están doblemente vigiladas. No es posible siquiera aproximarse a los

alrededores de estas ‘ciudadelas’ dentro de la ciudad sin pasar por el estrecho interrogatorio del guardia a la entrada de la urbanización. Pero cada vivienda tiene también su guarda privado: tras el muro de clausura, a través de las troneras colgadas de cada lado del portal de entrada, se puede distinguir una mirada atenta que espía todas las idas y venidas. Se encuentra este universo cerrado e hiperprotector en todas las grandes ciudades de Brasil, en São Paulo o en Río de Janeiro, pero también en los Estados Unidos y, con un lujo de medios de seguridad sin duda menor, cada vez más en Europa. La inquietud y el gusto por ser “uno de los nuestros”* son redoblados en los países pobres por la necesidad de seguridad que no afecta sin duda a los fantasmas. Las desigualdades son tales que las barreras simbólicas son incapaces de frenar lo que tanta opulencia puede revolucionar.

2. LOS BARRIOS «GUAPOS» DE LAS CAPITALES EUROPEAS

Bruselas, Londres y Madrid

El barrio Léopold, en Bruselas, ha concentrado durante mucho tiempo las grandes fortunas y la alta sociedad belga, antes de que, como en otras capitales, este barrio burgués fuera invadido y ahogado por las oficinas y las sedes sociales de importantes sociedades (MEUWISSEN, 1999). Las grandes familias se fueron hacia los suburbios del sur de Bruselas. La plaza de *Bois* se renombró la plaza de los *Miliardarios*. Situada al final de la avenida Louise y a la entrada del *Bois de la Cambre*, es en realidad una inmensa propiedad colectiva, puesto que todo es privado (VANDEMEULEBROUCKE & *al*, 1996). En Londres, los barrios ‘guapos’ están en el Oeste, como en París. Las residencias de los Rothschild presentan una concentración importante en Picadilly, no lejos de Buckingham Palace (PINÇON & *al*, 1998b). La proximidad entre los domicilios de los Rothschild y las residencias oficiales de la monarquía inglesa no es fortuita. Los barrios ‘guapos’ donde viven los privilegiados de la

fortuna son también los de los palacios reales. Esta proximidad espacial entre las residencias de las familias afortunadas y los palacios del poder es una constante del urbanismo de los barrios ‘guapos’, que se encuentra también en los régimen republicanos.

En Madrid, la principal línea de división del espacio urbano divide el Norte burgués y el Sur popular, borrando la antigua división entre el centro residencial y rico y el suburbio obrero. De suerte que hoy las grandes fortunas tienden a concentrarse todavía más al Norte, inclinando ligeramente hacia el Oeste sus elecciones residenciales. Las grandes fortunas se encuentran en urbanizaciones exclusivas, como las de Puerta de Hierro, Somosaguas o La Florida, donde se suceden las casas opulentas. Estos espacios totalmente privados y encerrados entre sus viales y guardas, muestran casas de gran tamaño (algunas disponen de una decena de cuartos de baño), colocadas en el centro de sus verdes parques como sobre un cojín de un joyero (LEAL, 1994).

París

Les familias afortunadas de la gran burguesía y de la aristocracia controlan los lugares en que viven, ya se trate de grandes ciudades, como París, Lyon, Marseille o Bordeaux, o de lugares de veraneo como Deauville, Dinard, Arcachon o Les Portes-en-Ré, donde pasan sus vacaciones. Si hay obreros o cuadros superiores por todas partes, en Passy como en Aubervilliers, no es el caso de las élites: la gran mayoría de los distritos y municipios les están prohibidos de hecho. Este ser “uno de los nuestros” geográfico es a la vez un proceso positivo de agregación de parecidos e, indisolublemente, un proceso negativo de segregación y elusión de diferencias (PINÇON & *al*, 1989).

Las barreras del “nuestros” pueden ser simbólicas o materiales. Entrar en los barrios ‘guapos’ supone que hay alguna cosa que hacer, lo que no es evidente para un ciudadano ordinario. Los comercios no se corresponden con las necesidades y en ningún caso con la solvencia: uno no entra en el taller de un gran modisto, solo por curiosidad, aunque la entrada en una boutique sea libre, como en cualquier comercio. La violencia simbólica es suficiente para crear una frontera infranqueable: todo en un barrio

* NT: el sustantivo “entre-soi” ha parecido mejor traducido por “uno de los nuestros” en el sentido de camarilla o círculo social restringido o exclusivismo.

selecto, pone al intruso en su lugar, dominado. Los habitantes, por su andar, su postura, son un cuestionamiento del cuerpo del extranjero a este mundo, más o menos controlado en su desplazamiento por el lugar y, a veces, acosado por la existencia de un sentimiento de vergüenza que, infundado pero violento, le invade a quién sólo puede darse cuenta de que no está en su lugar.

Hay otros casos donde la gran burguesía elige amurallarse sea en el interior de los barrios 'guapos', en las villas y casas totalmente privadas, donde la entrada está estrechamente guardada, o sea en las urbanizaciones *chics* en el suburbio Oeste, como en Maisons-Laffitte o Le Vésinet. La villa Montmorency, en el distrito 16 de París, nació en el parque del castillo de Boufflers que los Montmorency vendieron en 1852 a Pereire y a la *Compagnie du chemin de fer de l'ouest* para construir la línea del pequeño cinturón. La villa se construyó en el espacio que quedó libre. Es inaccesible al paseante: guardada con eficacia, es inquestionable tratar de franquear sus rejas sin estar autorizado por sus habitantes, lo que el personal de la entrada controla cuidadosamente. Es un espacio totalmente privado. Esta privatización tiene un coste, puesto que supone garantizar los salarios de tres guardas y un vigilante de noche y asumir los costes de mantenimiento de viales y jardines. Incluso la recogida de basura está a cargo de los propietarios que, no queriendo ser molestados por los ruidos de los camiones de la basura, han comprado pequeños vehículos eléctricos que permiten al personal de mantenimiento agrupar silenciosamente los contenedores de basura en las entradas de la villa. La contribución anual al funcionamiento de estos servicios colectivos es variable en función de la dimensión de las propiedades. Los residentes de la villa Montmorency están organizados desde 1853 en una asociación en comunidad (*association syndicale*), estructura definida por la ley para organizar a los copropietarios de urbanizaciones de este tipo. Para preservar el cuadro idílico de estas «casas de campo y de recreo unifamiliares», como dicen los estatutos, las reglas se han ido haciendo cada vez más exigentes.

Por el tamaño de las construcciones y de los jardines, por la variedad arquitectónica y la fantasía de los edificios, la villa Montmorency recuerda al Deauville de otros

tiempos, en Dinard o en Arcachon, a esos balnearios de finales de siglo, a la vez opulentos y desatendidos. Las calidades arquitectónicas y urbanas, la amplitud de los espacios disponibles, el cuidado proporcionado a sus construcciones, vienen acompañados de ventajas sociológicas. La villa alberga una vida lujosa y asegura un exclusivismo casi comparable al que se puede encontrar en algunos círculos. Si las reglas de la cooptación no actúan de manera sistemática, la normativa interna es suficientemente disuasoria como para evitar los problemas reales de vecindad. Los propietarios y el personal muestran una gran discreción sobre los nombres de sus habitantes. Por la prensa se sabe que Vincent Bolloré y Corinne Bouygues viven en la villa. *Le Bottin Mondain* permite verificar la presencia de familias de la nobleza o de la vieja burguesía (PINCON & al, 1998a).

Hay además una situación intermedia que la gran burguesía ha creado en el siglo XIX bajo el Segundo Imperio: las vastas urbanizaciones, no cerradas, de Vésinet, de Maisons-Laffitte o de Raincy. La gran burguesía se instala sin embargo en los parques del castillo o en bosques privados que sus propietarios han urbanizado, por razones financieras, por la moda de la cooptación social imponiendo una severa normativa urbanística (PINCON & al, 1996).

3. LOS LUGARES DE VACACIONES

La invención del viaje y las estancias de recreo vuelven a las clases altas, donde la iniciativa en este campo es vieja y fértil. Pero, porque ésta tenía los medios y el gusto, la burguesía se ha aplicado constantemente a reproducir su vida social en los diferentes espacios en los que puede invertir, ya sea en sus lugares de residencia o de vacaciones, en los trenes de lujo o en los grandes cruceros (CORBIN, 1995). «Su sociedad es siempre la misma, aunque el lugar de residencia cambie, escribía Norbert Elias a propósito de los nobles de la corte. Tan pronto vivían en París, como se reunían con el Rey en Versalles, en Marly o en cualquier otro castillo, tan pronto permanecían en alguna de sus casas solariegas, o bien se instalaban en la de algún amigo». Este «vínculo inquebrantable con su sociedad, su verdadera patria» se explica en las formas de

viajar y de residir, siempre con la misma obsesión por ser “uno de los nuestros” (ELIAS, 1985: 29).

Según la lógica de los ghettos de Gotha fueron concebidas desde el siglo XVIII las estaciones termales, y después en la era victoriana los balnearios. Brighton, en Inglaterra, todavía hoy, con sus muelles y su arquitectura poderosa, permite imaginar la vida elegante de los millonarios de entonces (CANNADINE, 1979). En Francia, bajo el Segundo Imperio, la alta sociedad construyó para su uso personal y para sacrificarse a la moda naciente de los baños de mar, Deauville, Le Touquet-París-Plage, Arcachon, Biarritz, verdaderos joyeros para albergar la alegría del mar y los beneficios del aire yodado (PINÇON & *al.*, 1996).

Para su vida cotidiana, pero también para su recreo en el campo, en la montaña o en el mar, las grandes familias prefieren, por regla general, urbanizar ellas mismas un suelo virgen mejor que recuperar un hábitat ya usado.

Así los Parques de Saint-Tropez ocupan 120 ha en el mismo corazón de su casi isla homónima. Las villas, que ocupan las posiciones más elevadas, dominan el golfo, para las o dan directamente sobre la ribera, que es rocosa en este lugar. El conjunto de esta propiedad pertenece a un empresario, ligado al mundo de las finanzas e inmobiliario, que ha procedido a la parcelación de sus terrenos a finales de los años cincuenta. Más de 150 villas se alzan, tras la frondosidad de sus parques, a lo largo de paseos sinuosos y empinados. Son poco visibles desde las pequeñas carreteras y la presencia de paseantes no perturba a los propietarios, al abrigo tras una abundante vegetación y por otro lado más eficaz, ya que las construcciones están, en general, alejadas de los caminos. Cipreses, pinos, tilos, eucaliptos, mimosas, forman un cofre de verdor que asegura calma y discreción. Hasta tal punto, que los jardines no están cerrados y que los mismos Parques están ampliamente abiertos al campo que les rodea. Pero la lujuriosa vegetación disimula con eficacia este espacio preservado, relajado e indemne a la devastación de determinado turismo y da la impresión al paseante de encontrarse en un parque público. Incluso en verano, cuando las multitudes se apretujan en los andenes de

Saint-Tropez o en las playas, hay pocos paseantes en este refugio de paz. Quizás la barrera y el guarda en la entrada pueden tener un efecto disuasorio, la timidez social previene de la lectura del panel que especifica claramente que la entrada es libre para los peatones.

La mayoría de las amplias y suntuosas casas no están ocupadas más que algunas semanas al año. El recurrir a una gestión colectiva gracias a una asociación en comunidad de propietarios aparece como el medio más racional de afrontar los problemas planteados por el mantenimiento y la vigilancia de las propiedades abandonadas durante largos meses. Se entiende por qué la fórmula de “parcelación” sea tan utilizada: el tamaño de las parcelas es suficiente para asegurar a cada uno su independencia, la parcela más pequeña era en los Parques de 5.000 metros cuadrados, que es cercana a la superficie mínima definida por el POS (*Plan d'Occupation des Sols*) para una parcela edificable. Pero la colectivización de los servicios permanentes permite asegurar la vigilancia y el mantenimiento de los espacios comunes que aíslan y protegen cada villa creando una zona protegida. La multiplicación de estas urbanizaciones *chics*, en la *Côte d'Azur* y alrededores, permite asegurar este exclusivismo, y esta seguridad a aquellas familias de la gran burguesía que tienen mucho. Esto tiene un precio y la contribución anual al funcionamiento de los servicios generales de los Parques es elevada. Incluye la jardinería de las partes comunes y el mantenimiento de los viales y plantas comunes. Cada propietario debe asumir por su parte la jardinería de su villa y el mantenimiento que se circunscribe al de su jardín: por esto cierto número de propietarios contratan a una pareja que vive en la casa. Si la asociación ofrece algunos otros servicios generales, como pistas de tenis o clases de un profesor de natación, su acceso es previo pago.

Todos los propietarios tiene residencia en París o Neuilly, con dos excepciones, una a favor de Boulogne-Billancourt, municipio en el que el aburguesamiento es muy marcado, la otra a favor de Chamalières (pero en este caso tienen también residencia en Florida...). En París, los domicilios se encuentran en los barrios ‘guapos’. La avenida Foch, que es una de las calles más

caras de la capital, y el distrito 7 están muy representados. El código 116 que señala el Norte del distrito 16º, más *chic* que el Sur, designado con el código 016. Muchos de estos felices propietarios son, por tanto, vecinos tanto en la ciudad como en vacaciones. Muchos de ellos frecuenta los mismos clubes, dos están en el *Interallié* y cuatro en el Polo. Los paseantes de Saint Tropez han completado las informaciones con lagunas, que revelan la presencia de Bernard Arnault, presidente del grupo LVMH, describiendo la fabulosa mansión de un hombre de negocios saudí, invisible desde la ruta del desierto, o insistiendo en la presencia en ciertos jardines de pistas de helicóptero, medio de transporte muy útil en lo más fuerte de la estación.

Las operaciones inmobiliarias de la gran burguesía se realizan también en las estaciones de deportes de invierno. En Suiza Gstaad y Saint-Moritz sobresalen en este modelo. Megève fue creada en 1920 por Noémie Halphen, abuela de Benjamin de Rothschild. Ella hizo construir un chalet, el primer remonte mecánico y el hotel *Mont d'Arbois*. En 1923-1924 la estación se vio honrada con la presencia de sus altezas reales, la reina Isabel de Inglaterra y el rey Alberto I de Bélgica, lo que contribuyó a crear una reputación al lugar. En 1927 se inauguró el golf de *Mont d'Arbois*, atrajo personalidades como la de la princesa de Borbón Parma, Louis Blériot, la familia Lacoste, joyeros de la plaza Vendôme. Las boutiques de lujo acompañaron el movimiento y Megève emprendió la rivalidad con sus correspondientes suizas.

Balnearios, estaciones de deportes de invierno y estaciones termales vienen a confirmar el éxito del ser "uno de los nuestros" de las familias de la alta sociedad. Se sorprende uno de encontrar en estos lugares el ambiente de los barrios 'guapos' parisinos, la atmósfera aterciopelada y distendida de los círculos. Los lugares de vacaciones son, para la gran burguesía, una ocasión más para reafirmar que no hay circunstancias donde las buenas maneras y la clase que hay que mostrar a cada instante se puedan relajar. Estos ejemplos muestran también que el territorio de las clases altas es múltiple.

4. FORMAS COLECTIVAS DE GESTIÓN

El poder social es, por tanto, también un poder sobre el espacio. Esta forma particular de poder se traduce en la capacidad de controlar el entorno residencial, tanto desde el punto de vista de su composición social como del de la urbanización y el paisaje. En el siglo XIX, el Segundo Imperio fue un periodo de intensa urbanización. Fuera en la región Parísina o en los lugares de veraneo, balnearios o estaciones termales, la alta sociedad ha construido mucho. Para su residencia y su ocio, han aparecido nuevas modalidades que tienden a asegurar un estrecho control de los procesos urbanísticos. Todo ha ocurrido como si se tratase de no dejar nada al azar. En el principio de esta prudencia urbanística se pueden hallar dos éxitos principales y por tanto estrechamente vinculados: por una parte la necesidad social de asegurar el ser "uno de los nuestros", en los límites de un espacio que han escogido, su gestión y urbanización y, por otra parte, el gusto por un marco de vida que sea el digno joyero de existencias excepcionales. Para construir un entorno social y urbano fuera de lo común estos inquilinos del liberalismo económico y de la iniciativa individual acuden a las formas colectivas como la parcelación y el aprovechamiento urbanístico de la propiedad.

La representación del sentido común asocia la ordenación del territorio y los altos funcionarios, la planificación urbanística y el siglo XX, mientras que los que acumulan toda clase de capitales han sabido siempre, discretamente, pero eficazmente, controlar ciertos aspectos del desarrollo urbanístico en su beneficio. Es verdad, de todas formas, que dejando hacer a las fuerzas del mercado en el marco de un liberalismo urbanístico, ese control puede escapar incluso a aquellos que disponen de los mejores instrumentos. También, cuando sus intereses, a la vez familiares y económicos están en juego, la gran burguesía no duda en romper la lógica del mercado en su beneficio. Se va a desarrollar, por tanto, después del siglo XIX, en algunos espacios separados, un proteccionismo urbano muy considerable, condición para la preservación de las ventajas adquiridas y de las rentas de situación.

BIBLIOGRAFÍA

- BENHADDOU A. (1997): *Maroc: les élites du royaume. Essai sur l'organisation du pouvoir au Maroc*, L'Harmattan, «Histoires et perspectives méditerranéennes» Paris.
- CANNADINE D. (1979): «L'aristocratie et les villes en l'Angleterre du XIX^e siècle: les stations balnéaires», *Urbi*, I:33-46.
- CORBIN A. (dir.) (1995): *L'Avènement des loisirs. 1850-1960*, Aubier Paris.
- ELIAS N. (1985): [1^{re} édition: 1969], *La Société de cour*, Paris, Flammarion, «Champs».
- LEAL J., 1994, «Cambio social y desigualdad espacial en el Área Metropolitana de Madrid», *Economía y Sociedad*, 10.
- LOAEZA G. (1988): *Las Niñas bien*, Ediciones Océana México.
- MEUWISSEN E. (1999): *Richesse oblige. La Belle Époque des grandes fortunes*, Racine Bruselas.
- PINÇON Michel & Monique PINÇON-CHARLOT, (1989): *Dans les beaux quartiers*, Seuil, «L'épreuve des faits» París.
- (1996): *Grandes fortunes. Dynasties familiales et formes de richesse en France*, Payot, «Documents» [réédition: 1998, «Petite bibliothèque Payot»] Paris.
- (1998a): «Usages et usagers», en *Hameaux, villas et cités de Paris*, Paris, Action artistique de la Ville de Paris, «Paris et son patrimoine».
- (1998b): *Les Rothschild, une famille bien ordonnée*, La Dispute, «Instants» Paris.
- (2000): *Sociologie de la bourgeoisie*, Paris, La Découverte, «Repères».
- VANDEMEULEBROUCKE M. & M. VANESSE (1996): *Paroles d'argent. Les riches en Belgique, enquêtes et témoignages*, Luc Pire, «Grandes enquêtes» Bruselas.

Traducción rev. del francés JBG & PPG.